

Capítulo uno

Para empezar esta historia, decir que la mañana en la que apareció el cadáver el calor reventaba el líquido de los termómetros, encendía la goma de las zapatillas y hacía sudar el alerón del sobaco hasta pringar como tocino asado. Añadido al ofensivo calor de la mañanita de agosto, acababan de terminar las fiestas patronales de la ciudad, en honor de La Asunción y San Roque, por lo que toda La Bañeza arrastraba cansancio y resaca a partes iguales.

En la nómina de cansancio y resaca, entraban las Fuerzas del Orden, el médico forense y el juez de guardia, y nada más enterarse del hallazgo del cadáver, el lamento cruzó la boca de todos como un alarido de perra. Algo así como diciendo: ¡Hoy noooo, hombreee! Y es que el cansancio y resaca de la fiesta no daban para otra cosa que no fuese lamentación y desánimo. Además, la noche anterior, tras la traca final de fiestas, la ciudad bailó al frenético ritmo de George Dann, y, claro, el cansancio tiraba por uno.

Ya en destino, con la *chicha* del cadáver abierta sobre el mármol de la mesa, el forense, un tipo más chaparro que espigado y con una calvicie de las que incitan a soltar un guantazo en pleno cogote, rellenó un puñado de folios. Lo hizo gruñendo, sin devoción, pues la resaca tiraba por él como un ramal. Lenguas viperinas que le vieron, dicen que si el médico se despepitó bailando al frenético ritmo del cantante francés, y que los ojos le estallaron viendo los esculturales cuerpos de las bailarinas, unas bailarinas de carnes prietas y largos muslos, pero eso no viene a cuento de esta historia. Ni la prieta carne de las mulatas, ni las obscenas miradas del señor forense, tienen que ver con la cruda chicha de esta historia.

Pongamos que el forense, en uno de los folios, describía la física del cadáver: “*Varón. Entre*

sesenta y sesenta y cinco años. De complexión fuerte, vestido con elegancia y que parecía estar de visita en la ciudad. “Un veraneante, un viajero” – detalló el forense con buena caligrafía –. Aparece tendido en el suelo, en posición decúbito dorsal. Sin zapatos, con los pies desnudos y una enorme herida en el cuello”.

Ahora, pongamos que en otro folio el forense dedicaba caligrafía a la herida del cadáver: *“Un corte en el cuello, a la altura de la Yugular. Producido por una navaja, cuchillo o algo de un corte muy semejante”.*

Las medidas del corte, según métrica forense, eran diez centímetros de largo por tres de profundidad. En plena Yugular, repetía el informe. Por ser el corte en dicha vena y por la profundidad del tajazo, el varón tardó pocos segundos en morir.

Las Fuerzas de Orden, como siempre, vestidas de verde hierba, tricornio luto en la cabeza y pistolita al cinto, tostándose al brasero del sol de agosto, frente al cadáver, andaban en las diligencias que correspondían, unas diligencias policiales y detectivescas sobre un asesinato. Y en sus diligencias andaban cuando, por la misma calle y a la altura del cadáver, pasaba La Chalequito, una pelandusca de cara bonita y cuerpo modélico, conocida en la ciudad por su vida de moral distraída y que prestaba servicios en el club La Magdalena, un club que, como los buenos vinos, tenía mucha solera. A su debido tiempo hablaremos del club, de su dueña, de *las pescaderas* y del *pescado* que se vendía, que no todo era fresco, aunque se decía que sí. Adelantando un detalle, decir que La Magdalena, antes de ser casa de puterías, fue restaurante de carretera, de los de carta y menú, raciones y bocadillos. También, de cuarto con cama y ducha. Por ello, estrellas del flamenco y de la torería, que hicieron fonda en él en un tiempo que se pierde en la memoria de los tiempos, dejaron el estoque de la anécdota de su visita clavado en las paredes del recuerdo. Ya hablaremos de ello en páginas posteriores, pues ocurren en el tiempo de una España

que todavía veía el televisor en blanco y negro, pues lo del color se estaba inventando.

La Chalequito, con el paso firme y cargado de sensualidad, arrastrando tras de sí un mundo de tentaciones, se quedó mirando fijamente para el cadáver y puso un gesto de mal fario, como diciendo: “¡Jesús, que mal empiezo el día!”. Y fue cuando el teniente de la benemérita, un señor con mucha panza y mucho bigote, le llama con la mano, una mano grande como una pala y que luce un anillo del tamaño de una nuez.

Ella se acerca, sin perder el mohín de los ascos en la cara y sin dejar de sentir aquel mal fario en todo su cuerpo serrano. El teniente de los tricornios le pide que se quede mirando para el rostro del cadáver y le diga si lo tiene visto por La Magdalena en estos días de fiesta. Sin perder el agrio gesto del rostro, La Chalequito se quedó mirando para el cadáver. Luego, dijo que jamás le había visto. “Lo juro por las estrellas”, soltó por su boquita pintada de jazmín, y se besó los dedos índice y pulgar, unidos estos, como sellando el juramento. “Lo juro por las estrellas que nunca le he visto”.

La muchacha mentía descaradamente, no solo lo tenía visto, sino que había sudado con él en rincones íntimos y oscuros, un sudor de pólvora sexual y un teatro de gestos obscenos que le bañaron el cuerpo.

Mientras La Chalequito seguía su camino sin perder ni paso ni sensualidad ni mundo de tentaciones, los ojos del teniente se clavaron en su trasero hasta traspasarlo como un dardo. Cuando el trasero de la muchacha se hizo invisible para las visuales lunas del teniente, ordenó a sus súbditos que comenzaran con el informe policial. Y de paso, ordenó con mucha saliva y mando, avisasen a la funeraria, que aquella tajada humana había que levantarla cuánto antes, pues el calor del día era insoportable para vivos y muertos. Cuando dijo lo de “muertos”, se echó a reír de su propio chiste. “Con prontitud, que el cadáver puede disolverse como un bote de pegamento”, imperó el teniente, metiendo prisa a sus súbditos.

Cerca de las dos de la tarde, el juez ordenó el levantamiento del cadáver. De los servicios fúnebres del viajero se encargó Paulino García, de *Funeraria La Bañezana*, y que en su momento ya contaremos detalles, pues los tiene. Detalles picantes como cucharada de pimentón, pues buena parte de los dineros de los entierros, Paulino García, se los dejaba en un lugar con mucha vida y con mucho sexo.

El viajero llegó a La Bañeza un trece de agosto, justo el día que comenzaban las fiestas patronales de la ciudad, en honor a La Asunción y San Roque, que en aquel agosto de 2005 comenzaban ese día para terminar el veintiuno. Justo en la Plaza Mayor, entre el Ayuntamiento y la cafetería Bohemia, se vio obligado, por un guardia urbano, al Stop, pues en ese preciso momento cruzaba la plaza una fanfarria que daba compañía y alboroto musical a los tradicionales *Gigantes y Cabezudos*. Y tras el guasón y festivo cortejo, un puñado de niños, mamás, papás y abuelos que reían la graciosa atracción. Parte del público, que seguía el guasón cortejo, dejó de atender a la atracción para mirar el lujoso coche que acaba de detenerse, que era el de nuestro viajero, ya que resultaba un coche que pedía mirada de ojos y codicia de corazón, pues su estampa era preciosa y codiciable como un anillo de piedras preciosas. Un descapotable de color rojo fuego, capricho de la casa Ferrari, que brillaba con el brillo de lo nuevo y llamaba mucho la atención. Desde lejos se veía que era toda una máquina, que sus cientos de caballos debían relinchar sobre la pradera de asfalto con toda la pinta de no cansarse nunca y de tomar las curvas con una estabilidad de cine. Era un coche hecho para correr, fardar y darse pisto, pues su estampa así lo pedía. También, un coche alcanzable para pocos bolsillos, pues se comentó que su precio rondaba los trescientos mil euros. O sea: cincuenta millones de las antiguas pesetas. No fueron pocos los transeúntes que, viendo el Ferrari aparcado en algún punto de la ciudad, cámara de fotos en mano o con la del propio móvil, se retrataron a su lado, como si el coche fuese un ídolo musical o del cine. Se rumoreó que si

alguien quiso llevarse la insignia del caballo, esa que identifica que es un Ferrari, pero creo que todo fue un rumor. Posiblemente, un embuste.

A la par que esperaba la orden de seguir, el viajero preguntó por un hotel donde pasar la noche, y le dieron la razón de uno que está a las afueras de la ciudad y que su nombre no viene a cuento de esta historia. Hasta dicho hotel se fue el veraneante y allí contrató habitación, registrándose con su nombre de pila: Lucas Castro Soria. Un nombre de lo más común, cierto, pero que, tiempo atrás, se pronunció infinidad de veces en los noticiarios de la tele y salió en los periódicos de tirada nacional, culpa de un delito de corrupción urbanística, cohecho, blanqueo de dineros y soborno, cuando los cargos gubernativos servían para gobernar y enriquecerse a golpe de especulación. ¡Pum! ¡Pam! ¡Pum! Pero esa tajada del pollo de la historia la dejamos para más adelante, que tiene mucha salsa y mucha chicha. ¿De acuerdo, señores?

Para seguir con la historia, decir que el viajero traía dos maletas, una visible y otra invisible. La visible era de cuero, color negro carbón, marca *Sansonite*, de las que antes anunciaban en la tele. En su interior traía varias mudas, objetos de aseo y otros enseres personales, comunes de quien sale de viaje. La segunda maleta, la invisible, estaba hecha de recuerdos y tiempo pasado, y dentro de ella había una historia de pelaje delator, de baja y miserable cuna, negra como una palada de brea y cargada con la pólvora de la traición. Y fue por la historia que guardaba la segunda maleta por la que el cuello del viajero fue pasto de la hoja de una navaja, de una navaja con matrícula de Albacete y afilada para la intención, una intención degolladora hasta la misma muerte. ¡Rasss! Que recorriera media España para que le dieran matarile en La Bañeza, culpa de una deuda pendiente desde hacía diez años, era cosa de eso que le llaman destino y que siempre termina cumpliéndose. Al menos, en aquella ocasión, se cumplió.

El viajero, a sus sesenta y tantos abriles, como recién salido del horno de una telenovela: alto,

cachas, bronceo en la piel y un donaire que robaba la atención. Con decir que en su tierra le apodaban con el alias de Sandokán, ya está dicho todo. Vestía con elegancia ropas caras, de la que visten algunos artistas que salen por la tele, y se gastaba el dinero como si lo tuviese por castigo. Parecía mentira que bajo aquella ropa y bajo aquella personalidad se escondiera un canalla y malhechor, pero se escondía, porque las apariencias engañan como trampas de ratón: bajo el oloroso queso, una guillotina para el cuello del roedor. ¡Zas!

El viajero venía de una ciudad andaluza, rodeada de mar, playa y turismo, en la que me van a permitir no decir su verdadero nombre, para no hacerle más daño del que ya se le hizo, culpa del *Caso Pastel*, caso de corrupción urbanística con su correspondiente guarnición: soborno, cohecho, blanqueo de dinero y malversación de caudales públicos. Y más que salir por la tele, nos dio el coñazo aquel verano de tanto calor. Como ya he dicho, esa tajada del pollo de la historia la dejamos para luego. Permítanme llamar a esa ciudad con pseudónimo, así no se hiere a nadie y la historia no pierde efecto. La llamaré: Baena del Mar.

Para el viajero, era la primera vez que sus *pinrreles* pisaban el ibérico solar de La Bañeza y su *tocha* olía su perfume de río, ortiga y mimbre, pero, en sí, había oído mucho hablar de ella y sabía que existía por un bañezano, un bañezano que tenía por nombre de pila Francisco Peñaranda Montes y, por artístico, *Califa de La Bañeza*. Y fue ese señor el protagonista de la historia que el viajero guardaba en la segunda maleta, esa historia de pelaje delator, de baja y miserable cuna, negra como una palada de brea y cargada de traición perruna. Una historia que ocurrió en aguas del Estrecho, una noche de vientos calmados y cielo cargado de estrellas, cuando el calendario romano que nos gastamos marcaba mil novecientos noventa y cinco. Por entonces, el dinero se contaba en pesetas y se podía fumar en todos los sitios. Luego, vino el euro y las prohibiciones.

Ocurre que la vida tiene días de cuchillo y temporadas de navaja abierta; y añadido a ello, como

encaje al vestido, la vida tiene días que obliga como pistola puesta en la nuca. Y aquella noche en aguas del Estrecho, diez años antes de que el viajero pisara el asfalto de la ciudad de La Bañeza, era un día de los de cuchillo afilado y navaja abierta para Francisco Peñaranda Montes, Califa de La Bañeza. Una pistola de necesidad, puesta en la nuca, le obligó a hacer